

SEMANA SANTA ASUNTINA



PALMEROS ASUNTINOS EN DOS TIEMPOS

**Luis Marcano Boadas / 1997
Cronista del Municipio Arismendi**



ESTAMPAS DE LA ASUNCIÓN Julio Villarroel / 1976

EL NAZARENO DE LA ASUNCIÓN José Marcano Rosas / 1971

SEMANA SANTA ASUNTINA

PALABRAS DE PRESENTACIÓN

Carlos Villalba-Luna

No estaba nada alejado de la realidad el Maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa cuando dijo en provechoso momento, sin un dejo de pedantería, porque nunca le fue propio: «la ciudad de La Asunción tiene abolengo y es, en realidad, la más hermosa de las ciudades de Venezuela». «Aquí nací y aquí me crié. Aquí tengo sembrados todos mis afectos y aquí también me creció la esperanza de hacer grandes cosas por mi país».

Nuestra ciudad, que deriva su nombre, de acuerdo con diversos cronistas, a la especial circunstancia de haber sido descubierta Margarita por Cristóbal Colón el 15 de agosto, día de Nuestra Señora de La Asunción, fue fundada en los avatares del Siglo XVI, naciendo bajo la capitulación obtenida por Marcelo Villalobos para colonizar la isla, y fortalecida en sus cimientos por Fray Francisco de Villacorta y posteriormente por el Capitán Pedro González Cervantes de Albornoz.

Al respecto de su génesis, escribe Heraclio Narváez Alfonzo en «El Paraíso del Caribe», que «para el levantamiento de La Asunción se tiene buen cuidado en situarla en un lugar estratégico, de fáciles aprovisionamiento y defensa. Se trata de una obra maestra: Se trata de la primera Ciudad de la Isla»:

A partir de ese momento, La Asunción es de las primeras capitales de Venezuela en todos los instantes estelares de la Patria. Sus ilustres hijos han iluminado el transitar nacional hasta la actualidad.

Como escribiera Rosauro Rosa Acosta en sus «Notas para una Reseña Cultural de la Ciudad», «no hay pueblo en Margarita y muchos de Venezuela que no estén en deuda con La Asunción. Porque siempre en ellos un asuntino le sembró la esperanza, o le alegró con su música los días jubilosos o le llevó el mensaje de Cristo o el remedio para la salud o el consejo o la guía de paz y de justicia».

No obstante, es triste apuntar que los propios asuntinos hemos extraviado parte importante de nuestra propia memoria e identidad como pueblo; así como hemos obviado el rumbo de nuestra historia y el dictamen de nuestras tradiciones religiosas y culturales.

La Semana Santa en La Asunción también ha perdido parte de su encanto y fervor religioso. En la juventud, en especial, se nota con mayor énfasis el desapego a los actos religiosos. Acuden a la Plaza Mayor sólo en busca de paganas diversiones, pero no entran a la Catedral a orar ni a seguir de cerca la liturgia. Tampoco son afectos a la marcha solemne de las procesiones.

Sin embargo, todavía queda tiempo de volver a nuestros pasos, de recoger la herencia desviada, y en esta intención se inscribe la publicación, por la Alcaldía de Arismendi, de este folleto, que contiene las hermosas crónicas «Palmeros Asuntinos en dos Tiempos», «Estampas de La Asunción» y «El Nazareno de La Asunción», escritas por tres hijos queridos de nuestra Ciudad: Luis Marcano Boadas, Julio Villarroel y José Marcano Rosas.

Y es porque a pesar de todas sus vicisitudes, nuestra Ciudad, como cantara en prosa Efraín Subero: «es una de las últimas referencias para los

que se ocupan de averiguar cómo éramos, o por qué somos como somos. La Asunción es una de las últimas referencias de documento de piedra y silencio, de tiempo y dignidad. La Asunción es una ciudad donde provoca armarse caballero, desempolvar la adarga, revivir los cañones y llevarse la mano al corazón».

Fotografías de Portada:

Cristina Rosenberg

Wilfredo Grau

Diseño Gráfico:

Eduardo Molina Jr.

La Asunción

Marzo / 1997

En Semana Santa

**PALMEROS ASUNTINOS
EN DOS TIEMPOS**

**Luis Marcano Boadas / 1997
Cronista del Municipio Arismendi**

En la Semana Santa Asuntina

**DEL COPEY BAJA LA PALMA
PARA EL DOMINGO DE RAMOS**

*** Desde la Colonia sus palmeros mantienen la tradición.**

*** Juan Marta Rivas soplabla la guarura en la madrugada del último viernes de la Cuaresma.**

La guarura que en lo alto y medio de la montaña anunciaba las doce del mediodía e incitaba a la peonada a suspender sus labores para compartir el sancocho que ofrecía el dueño del conuco, era al mismo tiempo la encargada de romper el silencio reinante en la madrugada, del último viernes de la cuaresma o Viernes de Concilio, que es como se le conoce con mayor ascendencia entre los católicos de la isla de Margarita.

Era Juan Marta Rivas, uno de los cuatro tumbadores de coco de La Asunción, el que salía en medio de la oscuridad reinante para dejar escuchar el primitivo silbato a lo largo de la interminable calle, que tendía a convertirse en simple caminito a medida que los pasos se aproximaban a la Plaza Carabobo.

El inconfundible llamado, aún cuando lo escuchara todo el pueblo de El Copey, iba dirigido a los cargadores quienes comprendían que contaban con el tiempo justo para concentrarse en el lugar de costumbre e iniciar la marcha para subir al corazón de la montaña.

El inconfundible llamado interrumpía el sueño del amanecer. La hermandad, herencia inocultable, robustecida por los lazos del sufrimiento. El mismo personaje cumpliendo con el rito de la convocatoria a sus

compañeros descendientes del mestizaje iniciado con los primeros negros que llegaron para poblar el reducto, y continuidad hacia la montaña de lo originariamente conocido como Valle de Santa Lucía, se repitió en forma inalterable durante los años en que los presbíteros Joaquín Rivas y Agustín Costa estuvieron al frente de la Iglesia Nuestra Señora de La Asunción para celebrar con toda su solemnidad los oficios de la Semana Santa.

El relato adquiere la fuerza a través de las palabras con que Cirilo Rivas entrega pacientemente los pasos del tiempo que en esta oportunidad se remontan a los días en que se hacía acompañar por una yunta de toros, que de trapiche en trapiche, le permitían devorar la caña, para transformarla en pailas de guarapo.

Y es que el «Mocho» Cirilo, como afectuosamente lo conocen en Margarita, describe con facilidad los recuerdos que dejaron los habitantes del colonial pueblo de El Copey que hasta el presente siglo, hicieron posible la perpetuidad de la costumbre de subir a la montaña, para regresar con la palma que se continúa repartiendo a los feligreses que acuden el Domingo de Ramos a la Iglesia de La Asunción, donde a juzgar por las palabras de un crítico y profesor de artes mexicano, es donde se celebra con toda solemnidad la Semana Santa en América.

Anteriormente –dice el otrora celador del Castillo Santa Rosa– cuando la tradición de bajar la palma no había sufrido variantes, correspondía a Juan Marta Rivas, recorrer El Copey de arriba - abajo y soplando la guarura o botuto, avisaba que eran las cuatro de la madrugada, hora tope para que los comprometidos a subir, abandonaran los chinchorros.

La gente no se hacía esperar. Mucho antes de aclarar el día, salían al encuentro para emprender la ruta. Allí se alistaban: Narciso, Casto y Cesáreo Sanabria, Salomé Rivera, Eduardo Brito y la mayoría de los cargadores de procesión, que cumpliendo con la búsqueda de la palma, ataban su

compromiso anual, para mantener por todo lo alto, el abolengo y la hidalguía que por siempre ha distinguido la Semana Santa Asuntina.

La reciedumbre del copeyero con sus típicos atuendos para la brega se dejaba ver en plena mañana del último día de jornada de la semana. Lucían el sombrero sanjuanero, calzaban la alpargata espinalera y para cerrarle la vía de entrada a la garrapata de monte, se abotonaban la camisa manga larga, ingeniosamente confeccionada con la tela de los sacos de harina.

La comisión pasaba primeramente por donde en la actualidad se recuerda la ubicación de la plazoleta 24 de Junio o Plaza Carabobo, nombre con que finalmente la terminó llamando el habitante del pueblo. Respondiendo a sus principios cristianos, se persignaban y encomendaban a Dios al pasar frente a la capilla que sigue guardando la Santa Cruz que adorna la enramada del velorio, que en otras latitudes ha acrecentado la popularidad de El Copey.

Al comenzar el recorrido por los linderos iniciales del pie de monte, volaba casi rasante con el suelo, la sorprendida guaitacaminos. El grillo interrumpía el ri-ri-ri-ri-ri para mantenerse en guardia. La manada de conoto no se dejaba sorprender levantando el vuelo en dirección contraria, y a lo lejos, el fresco canto de las guacharacas anunciaba el nuevo amanecer.

Los pasos se enfilaban hacia El Quebrahacho, donde aún podía escucharse el ligero murmullo del agua que cristalina rodaba entre las piedras. Atrás quedaba La Sierrita, donde atrevidamente un carpintero, al tiempo que probaba la fortaleza de su pico, en un tronco seco de una mata de coco, animaba a continuar la ruta, al dejar el eco de su sonoro canto que se internaba como especie de alerta para las escasas ardillas y los gusaneros que respondían lejanamente.

En la caminata para llegar montaña adentro, se obviaba el paso por la parte de La Sierra, que pertenecían a los Sandoval y Juancito Rosas. Se prefería hacer el recorrido por las proximidades del lugar llamado El Mameyar y antes de llegar a la Palma Real, forzosamente pasaban por el sitio que reconocían como El Charcal.

CEREMONIA ESPECIAL

Cortar la palma representa una ceremonia especial. Cirilo admite que se trata de una responsabilidad, tomando en cuenta que se tenía plena conciencia de lo que representaba la planta y del celo que siempre han puesto las autoridades gubernamentales para preservar las especies naturales.

Correspondía a los más experimentados conducir la extracción de la palma. El corte lo recibía la mata en el mero tronco y de cada una se sacaba un bojote que se procedía a juntar hasta darle contextura al haz, que de acuerdo a la capacidad del cargador, variaba de tamaño.

De la montaña bajaban por lo mínimo, doce o quince haces, que por lo general se componía de 12 palmas. La comisión que salía con el amanecer, retornaba con las doce campanadas del mediodía. Por tradición, la carga se depositaba en la casa de los Sanabria, de donde nuevamente los cargadores volvían a las seis de la tarde del mismo día para transportarla a la iglesia.

En la iglesia se procedía a acomodarlas para la entrega a la feligresía en la mañana del Domingo de Ramos. Lo hacían atendiendo a dos formas que se hicieron comunes: por pedazo o gajo. Esta última, dice Cirilo Rivas, sirvió para que los asistentes a la misma a la hora de repartirla, se la solicitaran al Padre Agustín en ese tono medio burlón y receloso:

–A vergajito Padre– o el –habergajo Padre–.

Claro está, el Padre Agustín no podía molestarse porque esa era la forma en que el pueblo, con su ingenio de media grosería, pedía la palma.

Cirilo echa a reír recordando la cotidianidad que representaba todo el proceso para que la palma llegara a manos del pueblo, episodio que en su parte final tenía sus coincidencias en otras iglesias de Margarita.

Pero enseguida, se recarga de nostalgia para asegurar que aquellas eran unas Semanas Santas hermosas y que en las de ahora, hasta ha cambiado el rumbo para bajar la palma.

NUEVOS TIEMPOS

El viejo camino de El Copey, donde aún se observan los ladrillos y piedras acomodadas que permitían a los dueños de huertas hacer uso del «derecho de media noche» dejó de ser la vía preferida para subir por la palma en la madrugada del último viernes de la Cuaresma.

Aquellos hombres de conuco que sabían de la pelada de coco y el momento justo para recoger los frutos, que reconocían a quien pertenecían cada una de las posesiones localizadas en la montaña o cerro del Copey, ya no están. Como recuerdo de esa faena solo lo hacen los hijos de Narciso y Cesáreo Sanabria. Juan Marta también se fue, quedando la madrugada del Viernes de Concilio sin el sonido de la Guarura. En eso remata Cirilo, la tradición se va perdiendo.

Hoy los cargadores nuevos, son los que se encargan de bajar la palma, pero en su totalidad no pasan por El Quebrahacho. Ahora utilizan la carretera de La Sierra para llegar hasta la antena. Régulo Rivas es el encargado de traer la palma.

Un giro evolutivo

A LA HUERTA DE VIDAL LLEGA OTRA GENERACIÓN DE PALMEROS

*** Los hombres que suben a la Palma Real, ahora salen la noche del Jueves.**

*** La Asociación de Cargadores Asuntinos, hereda el trabajo de los copeyeros.**

Quienes acudieron hace cuatro años a La Asunción para presenciar el paso de las imágenes de la Semana Santa y que en los últimos tiempos han acudido para seguir de cerca el inalterable recorrido que cumple cada una de las procesiones, bien puede recordar, el cambio operado a nivel de los cargadores. De repente, aquellos hombres de rodilla en mano, daban la impresión que andaban buscando la notoriedad que al parecer el tiempo le negaba.

Los cargadores a igual que los músicos, como los encargados de levantar el cableado con las horquetas y quienes cargan con la responsabilidad de mantener alumbrado los mesones, intercalando las extensiones a lo largo del recorrido de la procesión, gozan de su aprecio en el colectivo asuntino, sólo que la oportunidad para reconocerlo, no se da con frecuencia.

La tendencia de los cargadores por lograr que fueran identificados como los responsables de soportar el peso debajo de los mesones, comenzó a notarse con la franela que exhibieron en aquella oportunidad y que a partir de ese momento, la han utilizado variando los colores.

La curiosidad llevó a constatar que los cargadores se habían organizado y para corroborarlo, fue en la casa de «Hacho» Navarro donde por primera vez pude hablar con el presidente de la junta directiva, Régulo Rafael Rivas Rísquez.

Para quienes conocemos en su totalidad los movimientos de la Semana Santa de la capital neoespartana, perfectamente sabemos dónde pueden ser localizados los cargadores mientras se realiza el «Encuentro» en la esquina de Rafael Lárez, la noche del Miércoles Santo. Es en la casa de «Hacho», donde se produce el descanso, acompañado del vaso de agua fría y el palito de ron, para quien así tenga el gusto de probarlo.

En esa casa, en presencia de dos hermanos más, que son corresponsables de la frijolada del Viernes Santo, habló Régulo de la Asociación de Cargadores Asuntinos (ACA), sin imaginar que a partir de ese momento surgía un nuevo elemento para la historia de la Semana Santa capitalina.

Los testimonios del Presidente de la ACA, que esa noche no encontraba palabras para ocultar el desespero que le tocó padecer para lograr las primeras franelas, fueron suficientes para advertir otra particularidad que necesariamente había que reseñar como parte evolutiva del acontecer de lo que el profesor Efraín Subero suele identificar como la verdadera fiesta de La Asunción.

Tal particularidad lo representaba la convivencia que se daba con el carácter de amplitud poblacional. No era el copeyero el único que vestía la franela. Allí estaban hombres y muchachos de reconocidos sectores como: El Mamey, el Centro de la Ciudad, Santa Isabel, La Otrabanda, Las Casitas o Urbanización «San Martín de Porres», La Portada y otros.

El giro que dio la Asociación obligaba a dejar a un lado el comentario que servía para reconocer la existencia del cargador ocasional y de promesa, que sin ser descendiente del barrio El Copey, también se metía bajo el mesón para marcar la marcha, dar el cuarto y cumplir con el redondo, en las tradicionales esquinas que conforman el recorrido de la Semana Santa Asuntina.

Como el cargador, desde los tiempos remotos, es al mismo tiempo el que sube a la montaña para bajar la palma, la Asociación que preside Régulo Rivas Rísquez pasó a capitanear esta actividad, que de hecho introduce otra variante en la Semana Santa. La comisión que sube a la montaña lo hace en la tarde del jueves, para acampar a la mitad del camino y con el amanecer del Viernes Concilio, emprenden la ruta hacia la cumbre de la montaña.

Los caminantes que avanzan con la pasmosidad con que cae la tarde auxiliada por el sol de los monos, llegan a la posesión que por años cultivó ese guardabosque asuntino, llamado Vidal Velásquez y que ahora cuidan sus hijos: Juan y José Domingo.

Es así como asistimos a los tiempos que depara la Semana Santa en La Asunción. La ACA perfila otra matriz. Hace dos años manejaba el proyecto y procuraba los fondos necesarios para adquirir un terreno, con el propósito de contar en corto tiempo con la casa de cargador. Su voz se ha dejado sentir. En parte colaboraron para llevar a feliz término el ideal de regresar al Nazareno a su hogar, acción tenaz que se logró después de más de 20 años, días en que antes de finalizar la Semana Mayor, era trasladado a la capilla.

Esperamos que se continúen los planes, para que como dice Cirilo Rivas, a las imágenes de la Semana Santa, no se le siga comparando con los presos, que sólo salen a la calle, cuando los llevan a declarar. El asuntino calladamente reclama por la presencia permanente de sus santos en la Iglesia.

**ESTAMPAS
DE LA ASUNCIÓN**

Julio Villarroel / 1976

Es Miércoles Santo. El sol ya declina y comienza la alteración devota de la habitual tranquilidad de la ciudad. Por sus calles céntricas, cortas, angostas y sinuosas pretenden circular con rapidez los muchos vehículos repletos de parroquianos y vecinos que desean tomar mejor posición para admirar más de cerca la procesión del Nazareno de La Asunción, única en la isla, a la cual no le gana ni Sevilla. Son las seis y media, las campanas de la catedral tocan la última llamada. El amplio templo resulta incapaz para contener la multitud que se desborda por las plazas Bolívar y Luisa Cáceres, así como las calles adyacentes.

Entran dificultosamente los cargadores de promesas, alrededor de 16 y los profesionales: Chamé Rivera, Facundo Marcano, Eduardo Brito, Goyo Rivas, Alejo Rivas y Juan Marta. Son imprescindibles, veteranos de las esquinas que llevan el peso y la responsabilidad de que el paso no se altere y que el Santo marche recto, sin desvíos.

Un cuarto para las siete, se levanta el mesón artísticamente adornado con docenas y docenas de blancos crisantemos enviados desde Caracas, así como una perfecta iluminación que llama la atención de todos. En medio, la imagen del Nazareno vestida con una túnica de pana color púrpura, bellamente ornamentada con bordados de hilos dorados. El cuerpo un tanto encorvado, sobre el brazo derecho de la Cruz caen las dos manos y pueden apreciarse impecables los dos albos puños de una fina camisa. Al son de los toques de redoblante la procesión se desplaza por la nave central.

Son las siete y la imagen asoma por la puerta mayor. Un murmullo colectivo de admiración se deja oír cuando se encienden tres reflectores que iluminan el rostro de Nazareno en el cual se conjuga el dolor, amargura y piedad; pero toda esa conjunción lo hace más divinamente hermoso. Los ojos elevados, la boca entreabierta y el juego de luces que hacen simular la vertiente de sangre de las espinas de la corona levantan en el público suaves

ayes que pronuncian con cristiana y compasiva emoción. Salido el Paso del templo la banda inicia la interpretación de la marcha fúnebre «Nazareno» ejecutada con maestría, a compás lento. Todo es recogimiento y admiración; media hora en girar noventa grados para tomar la calle central e iniciar el vía crucis.

A 200 metros de recorrido va una hora, tal es la lentitud con que se desplaza; más la multitud lejos de inquietarse se complace en ese lento transitar porque interpreta que el enorme peso de la cruz, que representa el pecado del mundo, es superior a las humanas fuerzas del redentor. De pronto un breve diálogo entre amigos que tiempos ha no se veían interrumpe el silencio reinante: Es Juan que reconoce a cierta distancia a Manuelico –¡Compadre! ¿Desde cuándo por aquí?–. –Acabo de llegar compadre, estoy en Maiquetía desde las 8 de la mañana y sólo conseguí cupo a las seis de la tarde, del aeropuerto me vine para acá; todavía no he ido a la casa, quise primero saludar al «Viejo» (muchos usan esta expresión cariñosa y de respeto al mismo tiempo para referirse al Nazareno) y cumplir con El–. Cincuenta metros más y se da el cuarto en la esquina de Félix Silva, las trompetas tocan a diana con los redoblones; veinte metros y se da el cuarto en la esquina de Jesús Quijada; treinta metros más y se da el cuarto en la esquina de Pedro Antonio Albornoz. Son las ocho y media y faltan cien metros para que se realice el conmovedor acto simbólico del Encuentro de Jesús con su Santísima Madre en la calle de las Amarguras, que debe ocurrir a las nueve de la noche.

De la Catedral han salido en sentido opuesto las imágenes de la Magdalena en cuyo pecho pende una toga donde está impreso el rostro ensangrentado del Salvador, milagro para premiar la valentía de aquella mujer que desafió la cobardía de todos y enjugó aquella cara sucia y sudorosa; San Juan, faz llorosa con pluma en la diestra y libro en la siniestra, es el discípulo amado que permaneció fiel. Por último la Dolorosa ataviada de negro, cara inconsolable; escena conmovedora la que se realiza a mitad de la calle Unión en la esquina de Rafael Lárez, frente a la Plaza Francisco Esteban

Gómez. Madre e hijo se encuentran, se hacen tres cortesías (destreza de los cargadores), y se paran uno frente a la otra, se cruzan miradas. La multitud que presencia el acto se calcula en 10 mil personas; reina un silencio absoluto. El Sacerdote explica el simbolismo de aquel acto. Arenga a la concurrencia, instándola al arrepentimiento, al amor a Dios y al prójimo, para concluir con una oración por las necesidades del pueblo. Se canta la «Salve Compasiva». Ha transcurrido media hora y la procesión sigue su curso, cruza por la calle Lárez y empina por la calle Virgen del Carmen hasta el cruce con la Plaza Bolívar. Son las once y cuarto. La imagen del Nazareno se halla frente a la puerta mayor del templo; cesa de tocar la orquesta; se inicia entonces el toque de diana que se repite una y otra vez mientras la procesión da un «cuarto redondo» (giro de 360 grados) para lo cual emplea 45 minutos.

Son las doce; entra al templo. Se oyen voces de humildes campesinos, gente de pueblo: –¡Hasta el año que viene, querido!, si tú me das salud; y acuérdate de nosotros. No dejes morir de sed a los animalitos y las maticas, es lo único que nos queda–. Termina la procesión, todos se lanzan al mesón para despedirse queriendo besar la túnica o para llevarse una flor de recuerdo. Son las doce y media o la una, y sale el último vehículo con los últimos pasajeros.

La ciudad vuelve a su quietud, a su silencio que esta vez interrumpe un torrencial aguacero que se extiende hasta los campos y se convierte en lluvia por espacio de dos horas. ¡Se salvaron los animalitos y las maticas!

El pueblo cumplió y el Nazareno también.

**EL NAZARENO
DE LA ASUNCIÓN**

José Marcano Rosas / 1976

La procesión del Miércoles Santo en La Asunción ocupa lugar preferente entre las hermosas tradiciones del pueblo margariteño. Las caravanas de fieles vienen de los distintos lugares de la isla a rendirle culto a Jesús Nazareno.

Desde los remotos días de la colonia un torrente humano, remozado por las generaciones, se ha venido dando cita para acompañar apretujadamente en las angostas calles el paso del Hijo de Dios. En las manos piadosas, las centelleantes velas, y en los labios reseco, las plegarias. En actitud devota el cortejo sigue lentamente la procesión, hermanado por el milagro de su fe sencilla y pura. Las imágenes del Nazareno, San Juan, la Magdalena y la Virgen, sujetas a sus respectivos mesones, hermosamente adornados con flores y candelabros, se columpian en el centro de la contrita multitud, sobre la cabeza de avezados cargadores que han hecho de este oficio una singular tradición.

Una especie de gremio existe entre los cargadores de las imágenes, que comprende los maestros, los ayudantes, los peones y los aprendices. Los primeros, consagrados en el oficio, llevan la responsabilidad del mesón; se colocan en las esquinas del mismo, dan las pautas del paso, dirigen los movimientos, los cuales deben responder a los compases del redoblante o de la marcha que interpreta la orquesta. Sus órdenes son impartidas mediante golpes convencionales dados sobre las patas del mesón, bien para aligerar o acortar el paso, sincronizar el compás de la música, corregir cualquier defecto de posición, indicar el momento preciso para cruzar las esquinas, operación que ellos llaman dar el cuarto.

El cuarto se da en redondo, es decir el mesón se desplaza en círculo en algunas esquinas como las formadas por las calles Lárez y Fraternidad y en el atrio del templo. Los ayudantes se colocan en las partes laterales del mesón, los peones y aprendices en el centro; es de advertir que los mesones

principales como este del Nazareno son cargados por los más veteranos en el oficio y con raras excepciones, sólo permiten cargadores de promesa.

Los pasos de los cargadores son lentos, cortos, unísonos. Cada pie al levantarse describe un semicírculo antes de posarse nuevamente, de manera que el paso se sostiene alternadamente sobre uno y otro pie. Este movimiento da al mesón un suave de derecha a izquierda y viceversa, sincronizando al compás de la música.

Los cargadores se protegen con voluminosas rodillas, (rollos de trapos superpuestos y cosidos entre sí) sostenidos por un largo paño cuyos extremos se atan por debajo de la mandíbula a manera de barboquejo. Su altura depende de la estatura del cargador, lo que permite una equitativa distribución del peso del mesón. Se hace remembranza de famosos cargadores entre las personas viejas de la ciudad: «Mano» Pablo, «Chico» e Sales. Heliodoro y Lencho Sanabria, José Felipe Marcano, Valentín Acevedo y otros ya desaparecidos. Casto Sanabria con más de cuarenta años en este menester. Eduardo Brito, López Rivas, «Chamé» Rivera, «Chico Jovita», «Goyo» Rivas, Facundo, Tomás y Claudio Marcano, Manuel Requena, Juan «Marta», Sabino Rivas, Manuel Antonio Hernández y otros continúan con fervor esta vieja faena de cargador. Humildes trabajadores del campo, vecinos del barrio El Copey.

Una hermosa imagen colonial de Jesús con su Cirineo, llamado por los fieles «El Viejo» polarizó hasta comienzos del siglo este fervor religioso. Pero un buen día de 1904, cuando el párroco quiso sustituir la antigua imagen por una nueva, gran conmoción provocó entre los asuntinos este propósito. Las lamentaciones de los fieles, las conversaciones con el señor cura, no lograron cambiar de decisión y en la Semana Santa de aquel año se sacó a lucir una nueva y artística imagen que sustituyó al «Viejo Nazareno». Este tuvo como destino la soledad de la sacristía.

El pueblo en esta ocasión no asistió con ese espléndido fervor como en los otros años. Había una consternación general entre los vecinos. Un silencio en los labios reseco. Muy pocas velas en las manos piadosas; y todo eso produjo disgusto en el señor párroco. Entre la buena gente circuló la nueva de que el «Viejo» sería deportado de la isla. Todos a disgusto del cura, propiciaron un acto de despedida como un desagravio para el Nazareno, el «Viejo». Y un día de mayo del referido año, la imagen venerada por todo el pueblo asuntino, salió triunfante por las calles polvorientas. Al delirio de la muchedumbre lo acompañó el susurro de la plegaria recóndita.

El recorrido de la procesión se prolongó hasta el barrio El Copey. Cohetes, morteros, elevaron hacia el cielo azul de Margarita junto con las exclamaciones de contento, el fervor ingenuo y piadoso, de un pueblo que alborozado seguía aferrado a un símbolo de su fe sencilla y pura, pero tales manifestaciones de regocijo profano, anticiparon la proyectada deportación del milagroso santo.

La autoridad eclesiástica mantuvo en el mayor secreto el traslado de la venerada imagen al puerto de embarque. El pueblo por su parte se mantenía a la expectativa, pero a pesar de su actitud de alerta, el viejo Nazareno fue llevado bajo el mayor sigilo a Porlamar y puesto bajo custodia de Monseñor Durand, Obispo de Ciudad Bolívar y quien por aquellos días se encontraba de visita pastoral por los pueblos de la isla. Alguien descubrió la treta y la noticia de que el santo sería embarcado corrió como pólvora. Una turba enfurecida de asuntinos, encabezada por “Chú Mayín” (Jesús Berbín) y Plácido Marcano, marchó hacia Porlamar y tomó sitio en actitud desafiante frente a la casa de Don Ciriaco Hernández, donde se hospedaba su Señoría, Monseñor Durand. La turba gritaba, «Échenos al Viejo pa fuera... ». La frase despertó suspicacia, muchos creyeron que se trataba en efecto del señor Obispo –ya entrando en años–. La presencia de las autoridades no se hizo esperar. El tumulto cedió al fin, imponiéndose el orden y el rescate del idolatrado «Viejo» quedó frustrado, pero siguió vivo por muchos años en lo hondo de su numerosa grey

el recuerdo impoluto. El tiempo se encargó de restañar las heridas y poco a poco, los feligreses fueron resignándose a la nueva imagen que hoy goza de calurosa devoción.

Muchas gestiones se hicieron para restituir al viejo Nazareno, cuyo exilio en Ciudad Bolívar parecía perpetuo, pero la persistencia al fin triunfa y después de cuarenta y tres años, por diligencias encabezadas por el Dr. Eduardo Espinoza Marcano, se anunció el retorno a la isla. La buena nueva despertó una alegría delirante en el pueblo de La Asunción y un espléndido día de 1947, una muchedumbre regocijada esperó en el puerto de Juangriego el desembarco de la imagen amada. Sus vestiduras hechas girones por el tiempo y la falta de su Cirineo provocaron consternación. Las lágrimas corrieron sobre los rostros piadosos y las plegarias reverdecieron el mustio fervor. En procesión triunfal retornó a la ciudad capital el viejo Nazareno, allí se le rinde fervoroso culto bajo la custodia de la familia Espinoza Marcano, en cuyo hogar se le hizo altar digno.



ALCALDIA DE ARISMENDI

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Marzo de 2024